

## Capítulo I

«Abadía Pesadilla», una venerable mansión familiar en un estado bastante pintoresco y avanzado de deterioro, situada en un lugar muy agradable en una franja de tierra seca entre el mar y los pantanos en los límites del condado de Lincoln, tenía el honor de ser la residencia del señor Don Cristóbal Ceñudo. Dicho caballero tenía por naturaleza un temperamento atrabiliario, y a menudo lo atormentaban esos delirios provocados por la indigestión que comúnmente se conocen como *diablos azules*<sup>4</sup>. Una amiga lo había engañado en su juventud; desventurado en amores, le había ofrecido su mano, por despecho, a una dama que la había aceptado por interés y que, al hacerlo, había rasgado violentamente los lazos de una relación juvenil puesta a prueba. La vanidad de la dama se vio satisfecha al convertirse en dueña y señora de una casa tan amplia, si bien no

4 Alucinaciones o delirios, originados por una enfermedad.

muy alegre; pero todas las fuentes de sus afectos estaban heladas. Poseía riquezas, pero carecía de aquello que las enriquece: el cariño. Todo lo que las riquezas podían comprarle se volvió indiferente para ella porque aquello que no podían comprar, y que era más valioso que las riquezas mismas, lo había desechado sin razón alguna. Cuando ya era demasiado tarde, descubrió que había confundido los medios con el fin; que las riquezas, usadas correctamente, son instrumentos para conseguir la felicidad, pero no son la felicidad en sí mismas. Con un estado de ánimo tan pobre, ella no las encontraba valiosas como medios: habían sido el fin por el cual había inmolado todos sus sentimientos, y en ese momento eran el único fin que le quedaba. Ella no solía confesárselo a sí misma, pero aquello operaba con la ayuda del autoengaño inconsciente, y terminó convirtiéndose en una avaricia implacable. Les echaba la culpa de su problema mental a cosas externas y, por consiguiente, se fue convirtiendo paulatinamente en una gruñona consumada. En su ronda diaria por la casa a menudo recorría una serie de aposentos vacíos, haciendo que todas las criaturas de la casa desaparecieran al oír el crujir de sus zapatos, y especialmente al oír su voz, que como es natural no provocaba ninguna sonrisa; puesto que, aunque la voz de la mujer, cuando es entonada con amabilidad y amor, trasciende todos los sonidos en armonía, también sobrepasa a todos los sonidos en disonancia cuando es entonada con estridencia artificial debido al enfado y a la impaciencia.

El señor Ceñudo solía decir que su casa no era mejor que una perrera, ya que todos los que la habitaban llevaban una vida de perros. Desilusionado tanto en el amor como en la amistad, y considerando que el aprendizaje humano no es más que vanidad, había llegado a la conclusión de

que sólo había una cosa buena en el mundo, *videlicet*<sup>5</sup>, una buena comida; pero su mezquina señora rara vez le dejaba disfrutar de ello; sin embargo, una mañana, al igual que Sir Leoline en *Cristabel*, «despertó y encontró a su señora muerta<sup>6</sup>», y se convirtió en un viudo muy consolado, con un niño pequeño.

El señor Ceñudo había bautizado a su único hijo y heredero con el nombre de Lugubrino<sup>7</sup>, que era el nombre de un antepasado materno que se había ahorcado un día de lluvia en un ataque de *taedium vitae*<sup>8</sup>, y había sido elogiado por el juez de instrucción con la exhaustiva frase de *felo de se*<sup>9</sup>, debido a lo cual, el señor Ceñudo mantenía su recuerdo en alta estima y había mandado hacer una ponchera con su cráneo.

Cuando Lugubrino creció, su padre lo envió, como era costumbre, a una escuela pública donde le inculcaron de forma dolorosa unos cuantos conocimientos, y de ahí pasó a la universidad donde se los extrajeron cuidadosamente; y luego lo mandaron de vuelta a casa como una espiga de trigo bien trillada, sin nada en la cabeza, habiendo terminado su educación para gran satisfacción del maestro y de sus compañeros de universidad, que le habían entregado, en prueba de su aprobación, una paleta para pescado de plata, sobre la cual figuraba su nombre a la cabeza de una

5 *A saber*. En latín en el original.

6 Esta frase aparece al principio de la segunda parte de *Cristabel*, poema de ambientación gótica escrito por el poeta, crítico y filósofo inglés Samuel Taylor Coleridge, y publicado en el año 1816.

7 El nombre elegido por el autor en la versión original procede del griego *σχυθροπος*, que significa «de semblante triste o lúgubre». El personaje de Lugubrino está inspirado en el poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley.

8 *Tedio vital*. En latín en el original.

9 *Suicidio*. En latín en el original.